

Fãjtima

ãããããã La mujer tenã-a la libertad en el vestido. Giraba los pies, haciendo la danza de los derviches, y la falda, tan amplia, iba subiéndola y ondulando, hasta quedar horizontal. Entonces aquel gran movimiento se detenã-a, como al borde del desastre. El tejido alisado como lãjmina de un metal muy ligero, en suspensiã³n. Era una de esas negaciones de las leyes de la fã-sica que no se sabe en quã© difieren de un milagro. Si insistã-a, la mujer comenzarã-a, ciertamente, a volar. Pero conocã-a los lã-mites. Mujer no vuela. Algunas cosas puede compartir con los pãjjaros: cantar, llevar comida a los hijos. Hasta colgar de un murito, apreciando un fragmento de paisaje, sin embargo, sin dejar de ponerse alerta. Levantar el vuelo, no.

ãããããã Hasta porque le verã-an las piernas y las vergã¼enzas. Ya sin hablar de los periodos de la sangre. Las mujeres condenadas menstruaban, por la desregulaciã³n que hay en el terror, poco antes de ser ahorcadas. Eso hacã-a explicar lo que habã-a en el espectãculo de muy sexual, equivalente a las misteriosas eyaculaciones que llenaban los pantalones masculinos, y hacã-a levantar las cabezas en un impulso nervioso, con el anhelo de ver el cadãjver que caã-a, cortada la cuerda, hacia un lado del patã-bulo.

ãããããã La mujer giraba hasta el punto en que la falda quedaba horizontal. Los derviches subã-an. Ella no.

ãããããã Tenã-a el nombre de Fãjtima y se sentã-a cã³moda con ã©l. Siempre pensã³ que era bendecida, ligada por el nombre a aquella tierra en que la Virgen habã-a hablado con los pastores. Ella creã-a que allã- todo habã-a comenzado. Y que, antes de eso, no habã-a mujeres-Fãjtimas. En cierto modo, en cada mujer-Fãjtima se repetã-a la escena, la apariciã³n. Habã-a nacido el nombre hacã-a pocos aã±os, dos, tres generaciones, en un lugar medio desierto que se habã-a llenado, sin embargo, de gente. En Portugal. Con la Virgen entregando recados de su hijo que, por lo demãjs, nunca la tratã³ bien. Pero nadie querã-a leer esa informaciã³n en los Evangelios.

Fathma

ãããããã La mujer tenã-a la libertad en el vestido. Era otra mujer, de nombre Fãjtima, Fathma, como la hija de Mahoma. Nunca alguien le habã-a indicado exactamente a quã© siglo, a quã© aã±o pertenecã-a. Y ella no necesitaba saber. No necesitaba, por cierto, nada. Por otro lado, una parte de sus nervios no habã-a alcanzado la evoluciã³n final. Lidiaba con pequeã±os pensamientos que ni siquiera se tocaban entre sã-. El pensamiento de moler. El de amasar. El de soplar las llamas al brasero. El de coger las aguas con cuidado. El de hacer sumisos a los niã±os. El de abrir el camino de su hombre al cuerpo de abajo, allã-, donde ella no conocã-a nada de sã- misma y el pensamiento, aunque pequeã±o, se convertã-a en una masa de pavor.

ãããããã Fathma tenã-a la libertad en el vestido. Era un vestido compacto, una prisiã³n, con una rejilla frente a los ojos. La cubrã-a de cabeza a los pies, creando asã- una especie de horizonte. Hacã-a parte de una mirã-ada de pequeã±os mundos pesados y azules, cada uno de los cuales contenã-a una mujer con su vientre, con sus brazos de trabajo y nada mãjs. Tenã-a un ambiente muy controlado ese mundo en el que Fathma existã-a. Un tanto de calor y de oxã-genio, menos oxã-genio que calor. Ese olor a hierbas, leche y sexo que hasta en la oscuridad guiaba al hombre. Y esa selecciã³n de pensamientos.

ãããããã Los cilindros azules, como planetas en su elipse autã³noma, pasaban entre la casa y la fuente, la fuente y la casa, sin que se produjera ninguna desviaciã³n. Treinta pasos devoraban la distancia y no habã-a mãjs recorrido. Armas, pozos, rebaã±os, campos de grano, aunque verdaderos, estaban fuera del alcance. Sã³lo llegaban como historias traã-das por las botas, historias que el polvo y la pã³lvora contaban. Fathma se quitaba el burka para que el hombre, al llegar a casa, entrara en sus ojos, entrara en todo lo que quisiera dentro de ella. Con sus aderezos de guerrero. Estaba en la naturaleza masculina esa tentaciã³n de hacer agujeros, de borrar tierra, cabras y enemigos, y la conciencia y el sexo de la mujer. Al retirar el burka, Fathma tenã-a siempre el recuerdo de la primera noche, de una niã±a muy resignada que ve a su marido complacerse con la mancha roja sobre el paã±o increã-blemente blanco, nupcial.

ãããããã Pedã-a para mantenerse cubierta, incluso en el espacio de la cocina donde toda la gente gemã-a de calor. El marido apreciaba su modestia. Y la suegra tambiã©n. No sospechaban que ella se recogã-a en el vestido como un animal se recoge en una concha, en una extrema medida de defensa. Querã-an separarla del exterior y, sin saberlo, la separaban de ellos mismos. Fathma no era una mujer. Era una funciã³n que no hablaba. Ni siquiera con los hijos. Porque ellos pertenecã-an al padre y, por eso, a la abuela, mãjs que a ella. Pero los residuos de mujer que circulaban en aquel mundo bajo el burka azul que, en sã-, constituã-a un universo, iban generando un lenguaje, aã³n inarticulado, muy grueso, muy trabado a nivel de la garganta. Casi se confundã-a con un llanto. Pero era una turbulencia de pasiã³n. Su cuerpo, intocable por la luz, reconocã-a como gemela la oscuridad. Fathma amaba la noche de tal modo que el maquinismo de adivinaciã³n propio de las viejas despertaba a la suegra, que no veã-a hechos anormales, lo que la dejaba mãjs preocupada.

Fãjtima

ãããããã Para ir a misa, Fãjtima vestã-a una falda trabada, por cautela. La iglesia quedaba muy a lo alto, al final de una gran escalera, y tenã-a vientos agitados. Ella posaba levemente la mano en el antebrazo de su marido. Levemente. En la otra, sostenã-a el bolso y el velo. Y no sobraban manos para nada mãjs, para mantener un vestido en su lugar. Por eso la falda del domingo era tan estrecha. Sin embargo, alguna inseguridad acompaã±aba todo aquel trayecto y los zapatos parecã-an retorcerse, en el afãjn de pisar bien el suelo. Los tacones invitaban a los bailes a los que sã³lo iban chicas

casadas bajo la vigilia de pesadas madres. Fátima ya no iba a ningún lado. Pero no quedaba embarazada. Se asemejaba a un barco sin lastre, un barco listo para lanzarse a sí mismo mismo al mar de las aguas. Por falta de un cuerpo en el vientre.

Fátima no debía ponerse nunca el vestido amplio. Pero se lo ponía. Entre ella y el vuelo había a la red del interdicto que protegía a la civilización. Atrapaba a las mujeres fugitivas tal como antes atrapaba las langostas comedoras de cosechas. Tenía un gran zumbido, aquella red, era un dispositivo para el choque. Pero la mujer se tenía a sí misma, más que a todas las prohibiciones.

Fathma

Fathma conocía muy poco. Pero, evidentemente, no sabía cuánto le faltaba conocer. Sabía sólo de la regularidad con que la noche caía sobre la aldea. Con la eficacia de un burka natural. Cubriendo a toda la gente, hombres, mujeres, y los animales domésticos, y las fieras. Fathma salía a veces al patio para tocarlo, como quien toca una flor. En el gran desamparo del misterio. Extendiendo las manos y no hallando nada, ella que hallaba aspereza en todas partes. Nunca había pensado en preguntarle a su marido qué había en la noche. No podía proferir una pregunta. Todo era afirmativo en su mundo, orden y contraorden, ley y creencia. Un hierro que quietaba el corazón. Porque no había en ella un alborozo, una medida que desborda, un susto. No había ni siquiera maldad. Ni pensaba en el momento en que la suegra moriría y ella finalmente saldría al frente, para mandar. Pues, con la fiebre de la noche, ella dejaba caer la vida cotidiana, se distraía. Cuando la suegra se quejaba con el hijo, el burka le atenuaba el golpe. No tanto que le ahorrara las manchas negras. Sólo al acostarse, a la luz de la lámpara, el marido las veía. Fathma no. No sabía de las propias equimosis. Porque no mostraba el rostro ni a las hijas. Parecía una modestia extraordinaria, un martirio del cuerpo que nadie se atrevería a censurar. La suegra observaba, largamente, aquel bulto que ni ojos tenía. Presentaba una falla. No disponía, sin embargo, de lenguaje que tradujera aquel presentimiento. No se apoyaba en el soporte de las palabras. Fathma no transgredía ninguna ley.

Fátima

La voluntad de Fátima cedía a la voluntad de la falda, poco a poco. El armario se agitaba de noche y el marido murmuraba contra los ratones, en su murmullo de marido, estirando la sábana hacia arriba de la cabeza. Ella decía: «Comprar veneno», e imaginaba que habría un modo de matar el vestido pero que lo lamentaría para siempre, si lo hiciera.

Le faltaban las tareas maternas, nunca se había levantado para calmar a un niño o para darle de mamar. Y empezó a levantarse para abrir la puerta del armario, de puntillas, y cada vez más cuidadosamente porque el vestido estaba ganando color y echando luz, debido a la impaciencia. Una mañana lo llevó a la despensa, un lugar donde el hombre no entraba. Pero lo encontraba siempre entre la harina y la lata del café, ya herido, listo para romperse como una planta seca. Tomó a mal que Fátima lo pusiera junto a las cosas feas que no vuelan. En realidad, ejercía más poder con aquella tristeza que cuando se agitaba en el armario sin cesar. Pues Fátima se sentía esa madre que castigó a un hijo y que no tiene descanso mientras dura ese castigo. Había puesto a su niño a pan y agua y temía que se enfermara.

El vestido desprendía un cierto olor, propio de la mala higiene de un recluso. Había perdido los colores de rebeldía, lilas chispeantes, amarillos. «Estás enferma», le decía el marido cuando miraba su rostro cetrino. En lo que él sobre todo reparaba era en los guisos chamuscados, en los tenedores que caían al suelo. «Al menos, acabaste con los ratones», concluía. «Es que el veneno es bueno», decía Fátima. Pensaba en el vestido que moría en la despensa sin aire ni luz ni espacio. Pensaba que tendría que salvarlo, fuese como fuese, aun a su propia costa, aunque la libertad la deshonrase. Hacía grandes planes para su crimen y le decía: «Estamos casi, casi». Estaba segura de que pronto ese vestido se encargaría de su cuerpo, ya sin ceremonia, sin ninguna educación.

«Hoy no cenó», dijo al fin al marido, y el marido no entendió. Ella le dio a elegir dos comidas. En una había puesto veneno, en otra no. Por casualidad, él prefirió la inofensiva. La mujer retiró la letal. «El destino es el que escoge», concluyó. Sacó ese trapo de la despensa, se rio muy alto y salió al jardín. El vestido la llevó por los aires.

La policía ni se molestó en averiguar la inocencia del marido. Todo el mundo hablaba a su favor. La ley debía darle pronto por viudo para que Dios, a la postre, lo bendijese con una esposa fértil. La ley esperaba un tiempo y cedió.

Fátima / Fathma

Fátima se cansó de volar. Pero el vestido no. Corrió leguas. Pasaba por los valles, por montañas, por el día y por la noche, pero tan lejos, tan por encima de los picos más nevados, que nadie veía ni las piernas, ni las vergüenzas, ni la sangre de la mujer. Era un grano de polvo diminuto, totalmente invisible bajo el sol. Brillaba por la noche, pero nadie podía detectar movimiento alguno a tal distancia. Era una estrella entre las demás. Pero Fátima, con su cuerpo humano, tenía hambre. No nostalgia del suelo. Hambre, solamente. Y un cierto temor a dormirse. «Detente un rato, baja», dijo Fátima. Pero al vestido no le gustaba bajar. «Yo soy tu libertad», respondió. «Si vas a la tierra, te prenden de nuevo».

«No hace daño, baja un ratito», insistió la mujer. «Sin ver a nadie».

El vestido descendió sobre el desierto. Sobre el pequeño pueblo de Fathma. Estaba enojado con la mujer y quería castigarla, causarle privaciones. Imaginó que los hombres intentarían aprovecharse de la ocasión, que su olfato cazador se abriría al olor de la hembra extraviada, que atacarían. Pero, en el último momento, el remolino de la falda empezaría. Cuando alcanzara la posición horizontal se convertiría en el filo de un cuchillo capaz de romper unos cuantos brazos.

¿Era la fantasma del vestido. Pero la noche estaba adelantada. Y no tenía enemigos, sólo pastores que

respiraban en paz en sus colchones. Los animales, detrás de las cercas, se inquietaron por unos segundos, buscando la amenaza. Pero pronto se volvieron a dormir.

«Fathma, que esperaba algo de la oscuridad, aunque no se preguntaba qué, oyó que los pies de Fátima aterrizaban, con un pequeño golpe contra el suelo. Entonces se levantó muy despacio y fue a espiar, con miedo, por la ventana. Sus ojos enormes brillaban bajo el encantamiento del vestido. Porque el vestido irradiaba una luz fuerte, deseoso de ponerse a levitar.

Fátima abrió la boca para hablar, pero no dijo nada. Quería beber agua. Pero por la rejilla nada pasaría. Temió que la mujer reaccionara y empezara a gritar. No podía distinguir el enojo del temor. Los dos iluminaban de igual forma. Y no tenían manera de explicarse. «¡Aquí no!», le dijo Fátima al vestido. «Quiero aterrizar donde me comprendan».

El vestido rodó y se alejaron del campo de visión de la aldea. «Nadie te va a comprender mejor que ella», comentó el vestido, sentencioso. Pero quería volar. Por eso no adelantó nada más sobre el asunto. Traducción del portugués de Renato Sandoval Bacigalupo